

Langreo en los caminos del cine

Langreo, caminos y cine. Son las tres palabras que empleo para fabricar el título de esta charla, y a ellas me voy a aplicar. Langreo, porque es el marco ineludible que nos ha convocado hoy aquí, que genera este y tantos otros lazos pasados, presentes, y esperemos que futuros. Caminos, los que he recorrido desde que nací en Langreo y me fui separando del lugar de origen, y no solo físicamente, sino sobre todo vivencialmente. Un tirar para adelante que, curiosamente, me tiene otra vez, con unos cuantos, bastantes, años más, de vuelta al mismo lugar, aunque de nuevo habría que matizar con cuidado esta mismidad de las personas y de los lugares. Y el cine..., esta es una apuesta personal, mi apuesta personal para esta sesión, y a través de las líneas que siguen buscaré su justificación.

Podría decir que yo nací enfrente de un cine. No dentro de él, como el protagonista de aquella película española de 1948, "Vida en sombras", dirigida por Lorenzo Llobet-Gracia, cuyo parto frente a la pantalla determinaba su biografía constantemente marcada por momentos estelares de la historia del cine. No, no llegué a tanta unión con el séptimo arte. Nací en la Calle Cipriano Pedrosa de Sama, en la esquina con la plaza de La Salve, y en mis primeros años de vida tuve como escenario de mis juegos infantiles los montones de arena que los obreros utilizaban en la construcción del edificio de enfrente, lo que hoy es la sede de la UGT. Pero en los años cincuenta esas siglas no existían, o al menos no se debían pronunciar, y lo que allí se erigió fue bautizado como "El Hogar del Productor", nombre que daría él solo para muchas charlas e incluso una tesis doctoral, pero del que solo voy a recordar el salón de cine que contenía, y al que rápidamente se le dio una explotación comercial. "Cine Hogar", qué feliz conjunción de dos palabras. Así que mi infancia remota se

encontró prontamente con el lugar de los sueños, que no es otro que la cartelera llena de fotogramas y anuncios, prometiendo aventuras e historias realmente irresistibles. Muchas horas pasé mirando aquellos cartones coloreados, o el cartel espectacular de las películas, pues se programaban varias a la semana. Incluso recuerdo el horario de noche reservado para alguna de ellas, al que yo lógicamente no podía acceder, y en el que sospechaba que se proyectaban películas serias y aburridas a las que mis hermanos y yo adjudicamos la etiqueta “de hablar”, es decir, eso que los críticos finos denominan hoy en día como “los filmes en que se ve crecer la hierba”.

El cine se coló en mi infancia sin elección posible. Sí o sí. Y en esos años cincuenta y sesenta era un espectáculo bien atendido y frecuentado. El cine Vitoria (la “c” se resistía, y no es el momento de indagar en las causas), el Rozada, el espectacular cine Felgueroso... ¡dos cines en calle Dorado! Y la oferta se incrementaba a golpe de zapato o autobús cercano en La Felguera, con cines tradicionales y también modernos (quién no se acuerda del asombro del TODD-AO en el cine Mari Peña), o en Ciaño, o en cualquier otro pueblo cercano.

Pero he hablado antes de los caminos, los que tuve por delante cuando salí de Langreo, y los que he tomado para volver aquí. Un trayecto de ida y vuelta, o de muchas idas y vueltas, que no les voy a relatar, al menos por dos razones: primero, porque nada de particular o especial hay en esa experiencia mía, y segundo porque además es el camino más común, el que de una manera u otra realizan todos los mortales, pues esa es una de las significaciones que precisamente esconde el calificativo de mortal: salir de la tierra, y volver a ella. La vida como viaje, como una partida que se abre hacia un regreso tan demorado como el que ya contó Homero hace casi tres mil años en La Odisea. Si aquella travesía por la que pasó Ulises se ha conservado generación tras generación, algo de especial contendrá, y en ese aire de travesía con arranque y final me quiero mover a continuación, aunque cambiando los hexámetros del

griego arcaico por los fotogramas de películas, de películas también arcaicas, o como dicen mis alumnos frunciendo el ceño, antiguas (¡y en blanco y negro!, apostilla el más cargante). Pido ayuda pues a esas películas tan amadas para que me cuenten, con la verdad profunda del gran arte, ese camino recorrido por tantos seres humanos que lleva de... Langreo a Langreo.

Para dar luz al comienzo del viaje, de mi viaje particular y espero que el de muchos otros, escojo una película que vi en una inolvidable tarde de primavera en el teatro Rozada: "¡Qué verde era mi valle!", dirigida por John Ford en 1941. Muchos, entre los que me cuento, la tienen por la mejor película que se ha hecho sobre la minería. Y muchos, entre los que también me cuento, la tienen por una obra maestra del cine, es decir, una obra a la que volvemos una y otra vez sin lograr agotarla. Y volvemos con esa mezcla de placer y necesidad con la que nos anudamos al arte.

Los hechos suceden en algún lugar de la minería de Gales, en un valle verde y hermoso al que la extracción del carbón va cambiando el color. El protagonista vuelve desde la primera escena a sus recuerdos de la infancia y nos trae esos momentos fundacionales del ser humano en que se percibe de manera consciente, y casi por primera vez, el mundo que te rodea. Él lo hace de la mano de su padre, un padre maestro y tutor, ya mayor para él (es el último vástago de una larga saga) con el que camina por las laderas del valle y del que recibe la mirada y las palabras precisas para instalarse en el mundo al que nace. El valle que se nos muestra está en pleno cambio, las escombreras crecen por las laderas y el humo de las chimeneas ensombrece el cielo. Aun así, nunca el valle volverá a ser tan verde como lo está percibiendo el niño.

Tras esa escena inicial, la película trae el mundo del trabajo, de los hombres que salen de la mina cansados y ennegrecidos, pero que todavía tienen gracia para entonar una canción. El padre del niño y todos sus hermanos llegan a casa en

busca del agua y jabón que les devuelva el color sonrosado a la piel, para dar paso a la ceremonia familiar por excelencia, la cena (estamos en un país anglosajón). Con la ayuda de la voz del narrador, Ford nos va mostrando el carácter ceremonial de esa comida colectiva que se celebra en silencio, y en la que cada cual tiene un sitio y juega un papel determinado, en función de su edad y su sexo. Sobre la mesa se cierra una familia armónica y jerarquizada, manto protector no solo del niño que la anota, sino también de todos los que la forman, en una composición de interior cuidada y sobria.

Pero las buenas narraciones nunca se alimentan de la felicidad ni de la estabilidad, aunque parezca tan sólida, eterna y envidiable como la que aquí se muestra, sino de sus quiebras y grietas que inevitablemente van a aparecer, y deben además hacerlo para configurar un universo en el que el espectador se pueda reconocer. Llegan malos tiempos para el carbón y para la industria, y la abundante mano de obra sin trabajo hace que los salarios bajen y amenacen los empleos. En los hijos prende con más facilidad que en el padre la mecha de la protesta, y el silencio acogedor de las veladas familiares empieza a salpicarse de miradas y gestos provocados por el malestar y la tensión. Injusticia, unión, despidos y hasta sindicatos son palabras que surgen ahora de la boca de los mineros cuando regresan a casa, en sustitución de las antiguas canciones, y el padre tiene que echar mano de su autoridad para impedir que el aire cargado penetre en su casa y destruya la armonía familiar.

Pero va a ser un esfuerzo inútil. A la bajada del sueldo siguen los despidos, y una noche los hijos toman la palabra, se la arrebatan al silencio del padre, al que se niegan a obedecer cuando les pide que se callen. No deben ni quieren hacerlo frente a la injusticia que se ha instalado en el valle, responden, y el padre entonces no puede hacer otra cosa que pedirles que, si no respetan las normas de la casa, la abandonen. Es una escena muy tensa, sin la luz armónica de la precedente ni su horizontalidad plácida. Los hijos hablan, se ponen en pie, y

por fin vacían el comedor, ante la mirada cada vez menos infantil de nuestro narrador. Y ya tenemos el escenario preciso y reconocible: la casa con las sillas vacías, con el silencio afectuoso de antes transformado en soledad y añoranza, y con los jóvenes que bajan las escaleras y salen por la puerta. El plano que cierra esta secuencia tiene la fuerza silenciosa de los grandes gestos: los cuatro jóvenes caminan por la calle del pueblo con un pequeño cargamento de enseres personales al hombro. Dejan la casa a sus espaldas, y la negrura de la noche les envuelve, haciéndose especialmente densa frente a ellos. Pero su paso es decidido. Se van. América es uno de los nombres propios con los que bautizan su camino y sus destinos. Dejan el valle para siempre, y en la energía de su juventud encontrarán la luz con la que disipar las tinieblas. El viaje, la narración, la vida propia y auténtica, llena de incertidumbre y también de promesas, ha comenzado.

La película no les acompaña en el viaje, pues la voz que organiza la narración es la del niño, y él sí permanece en el valle unos años más, completando su formación antes de seguir los pasos andarines de sus hermanos. Así que debemos abandonar esta película, no sin gran pesar por su extraordinaria calidad, y sobre todo porque contiene una escena que para mí ha resultado crucial en mi papel de padre, y también de educador. Aunque sea de pasada, la menciono. Corresponde al momento en que el niño debe acudir a la escuela, pues las ayudas de los padres ya no son suficientes para progresar en los estudios. Camina largamente a un pueblo vecino, y en la escuela recibe humillaciones, y por fin una paliza del gallito de la clase. Cuando vuelve al atardecer, ensangrentado, su padre apenas si presta atención a sus heridas, y lanza a los que le rodean una sola orden. “¡Llama a Dai Bando!”. ¿Quién es el tal Dai Bando?: un antiguo boxeador que va a enseñar al niño las reglas básicas de la defensa. Con ellas podrá volver a la escuela y valerse por sí mismo, como así sucede. El gallito de la clase recibirá su merecido, y el niño habrá dado un

paso de gigante en su educación, o lo que es lo mismo, en su capacidad de adentrarse por sí mismo en las peripecias de la vida.

Pero volvamos a los jóvenes que se han lanzado a la noche, que abandonan el valle y van a recorrer sus vidas. Un viaje largo, el gran viaje, y tal vez sea ese el sentido que Homero da al viaje de Ulises con el final demorado una y otra vez, y que perfilan perfectamente los versos del poeta de Alejandría Konstantino Kavafis, cantados luego por Lluís Llach:

“Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla
con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Itaca te enriquezca”

Ese viaje tan largo y dilatado, casi toda una vida, la de cada uno de nosotros, no es lo que aquí nos ha convocado. Es su llegada, su final, Itaca, Langreo, lo que nos interesa. Debemos de nuevo explorar los caminos del cine que nos devuelvan al punto de partida, que es también el de llegada. Y pido otra vez auxilio a John Ford, y a una de sus películas más conocidas: “El hombre tranquilo”, estrenada por los días en que yo vine al mundo, en 1952.

Un hombre vuelve a su pueblo. Estamos ahora en Irlanda, lo que no es casual, pues los padres de John Ford eran irlandeses, y sus verdaderos apellidos proclaman esa herencia. Tampoco es azaroso el nombre que imagina para el pueblo, Innisfree, ideado por William Butler Yeats en un recordado poema:

“Me levantaré y partiré ahora, partiré hacia Innisfree,
Y construiré allí una pequeña cabaña, hecha de arcillas y zarzas”

Como no podía ser de otra manera, la película comienza con un tren llegando a la estación. Una voz identifica al protagonista: “él”, un innominado. Viene de fuera, es un extraño que en el mismo andén choca con las peculiaridades locales: el tren llega con tres horas de retraso, los maquinistas se enzarzan en una disputa sin término con el revisor, no hay acuerdo sobre el camino adecuado para llegar a Innisfree..., vaya, el ansiado retorno no conduce al paraíso, precisamente. Y es que John Ford, por debajo de la película accesible y en tono de comedia que en primera instancia entra por los ojos, va haciendo hueco también para un relato menos visible sobre las enormes dificultades de la vuelta. Una vida distinta y larga ha pasado sobre el protagonista, y su impulso sentimental de retorno le coloca en una doble condición de extranjero. Es un yanqui, que viste de forma distinta a la gente del pueblo y no entiende sus endiabladas rutinas. Y además no es un yanqui de cliché que viene a pescar y se irá después de soltar unos dólares. Una tarea muy dura le espera, pues no se va a reencontrar con un pasado que le acogerá dulcemente en sus brazos, sino que por el contrario debe partir de cero, o incluso de más abajo. Debe reconstruirse, o simplemente construirse en ese lugar en el que las filiaciones sentimentales van a ser más obstáculo que facilidad. Mejor hacerse una casa nueva, pero él se empeña en rehabilitar la choza familiar.

Poco a poco, con tenacidad, va venciendo las dificultades. En el pub tiene un hueco para beberse su pinta, un cochero achispado que le conoció de pequeño le traslada a cualquier lugar, logra comprar la casa en que nació y restaurarla... pero para el anclaje completo en la tierra necesita algo más que añoranza: precisa de un presente con calor, hogar, fuego compartido. Y tiene la suerte de que pronto se cruza en su camino una chica que le encandila, y que parece haber estado esperándole desde siempre, una Penélope que se descuelga desde la película anterior, pues es la misma actriz en ambas, una de las preferidas de John Ford, Maureen O’Hara. Al yanqui retornado le basta con la pasión que se

enciende cada vez que se ven, pero de nuevo vuelve a chocar con las costumbres locales. Debe contar con el permiso de su hermano, una mala bestia con la que está enfrentado desde que llegó, y aceptar un complejo ritual de galanteo que culmine en una boda en la que se le entrega una novia valorada en una dote. Con ayuda de ciertos cómplices la pareja avanza hasta la boda, pero ahí la conjura se destapa y el hermano, con el sacramento ya sellado, se venga retirando la dote a la muchacha. Bah, dinero sin importancia para el rico indiano, pero sagrado para la novia. Y la escena estalla en puñetazos que desvelan, en un magistral flash-back, el pasado que el protagonista nunca más quiere recordar: fue, en Estados Unidos, un gran campeón de boxeo que se retiró cuando un golpe suyo mató a un rival.

Todo se viene abajo. No hay noche de bodas, no hay convivencia sino amargura, y solo la entrega de la dote puede consumir la boda, pero para ello el protagonista tendrá que aceptar hasta el final las costumbres locales, arrodillarse ante ellas, aceptar peleas y desafíos, ser tan bruto como los demás. Y por fin cede, tras una noche en la que la casta vigilancia de la novia se viene abajo para huir después avergonzada hacia el tren. Así llega la escena de la culminación, en la que Sean Thorton se hace definitivamente con su identidad irlandesa. Alcanza el tren antes de que salga (lo que no es nada difícil por los retrasos que se incrementan sin cesar), recorre el andén dando temibles portazos que se conjugan rítmicamente con el jadeo del tren, descubre a su mujer en el último vagón, y hace lo que todos esperan de él: que imponga su fuerza sobre ella, que la obligue a salir y la arrastre hasta la casa de su hermano para aceptar la pelea. Es una secuencia imponente, que mi memoria de las primeras proyecciones recuerda con todo el cine puesto en pie siguiendo el combate con el mismo alborozo que los habitantes de Innisfree. Pero como siempre en las grandes obras, por debajo late algo profundo y tremendo, late la clave de la aceptación en una comunidad, late el trabajo de la identidad frente a

los otros. Ya eres un habitante pleno de Innisfree, ya puedes llegar borracho y macilento con tu cuñado a casa, sentarte y exigir la cena. Ya tienes tierra, casa, pueblo, pero más que recuperarlo lo has tenido que ganar en una disputa feroz, sin concesiones.

El ciclo se cierra. Desde la calle Cipriano Pedrosa y desde el verde valle minero, he vuelto ahora a La Montera y a Innisfree. Como bien nos cuenta el arte, no ha sido fácil ni tampoco trivial, sino siempre profundo y al final gozoso. Bien aleccionado por la aventura de Sean Thorton, viajé con más equipaje que el saco de dormir que él saca del tren en la primera escena, y procuré armarme de mujer e hijas antes de iniciar el retorno. Pero aquí estoy, esperando su benevolencia para salvar esta nueva prueba a la que muy gustosamente me he prestado con tal de seguir disfrutando de los placeres del retorno a Langreo, que esta noche proclamo hermanado con Innisfree.

Jorge Praga